

LA SABIDURÍA DE CRISTO EN LA OBRA DOCTRINAL DE SAN BERNARDO

I - LA SABIDURÍA DE SAN BERNARDO

Hay una sola palabra que merece ser oída con humildad, ser recibida con pureza y ser transmitida en el silencio: es la Palabra que el Padre dice, desde la eternidad, en la fecundidad de su intelección divina, como imagen perfecta de su esencia *“resplandor de su gloria y figura de su substancia”*. Es la Palabra substancial de Dios que expresa toda la riqueza de su Vida y toda la perfección de su Luz. Estaba en el Padre desde el principio y por Ella fueron hechas todas las cosas en el comienzo de los tiempos, en Ella todas las cosas tienen ahora su subsistencia y en Ella van a ser definitivamente recapituladas en la consumación de los siglos.

Esa Palabra -Verbo o Sabiduría del Padre- fue recibida una vez, en la plenitud de los tiempos, por la humildad de una Virgen que se llamó María, fue concebida en la pureza de sus entrañas y fue comunicada en la profundidad del silencio de una noche -la primera Nochebuena de la tierra- en Belén que es la Casa del Pan. Y la Palabra de Dios encarnada se llamó Jesús. Un nombre dulcísimo que brilla predicado, alimenta rumiado y mitiga los males invocado; como el aceite que se derrama luciendo, alimentando y ungiendo.

Quien aprehende este *“Verbo abreviado”* y lo gusta, entra en el secreto y el sabor de la auténtica sabiduría. *“El leer me fastidia si no leo allí el nombre de Jesús. El hablar me disgusta si no se habla allí de Jesús. Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón”* (In Cant. 15).

Esta es la inefable y beatificante sabiduría de san Bernardo: saber experimentalmente a Jesús y a Jesús crucificado. No la sabiduría del mundo que es vanidad, ni la sabiduría de la carne que es impureza, sino la Sabiduría del Espíritu que es amor. Aquel beso del Verbo encarnado que besa nuestra carne de tiniebla y de pecado con la plenitud de su verdad y la riqueza de su gracia. Es la sabiduría de Cristo -pacífica y casta, aquietadora y desinteresada- que es bajada del cielo, según el apóstol Santiago, y que san Pablo oponía con justicia a la sabiduría hinchada de los filósofos y a la vana charlatanería de los sofistas. *“La sabiduría de este mundo es necedad para Dios”* (1 Co 3,19), porque viendo los hombres la hermosura de las cosas no supieron elevarse hasta el Hacedor de ellas. La Sabiduría de Cristo supone estas tres cosas:

A - Un conocimiento profundo de Cristo que *“fue hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y redención por nosotros”* (1 Co 1,30). *“Sabiduría predicando, justicia perdonando los pecados, santificación conversando con los pecadores, redención sufriendo muerte por ellos”* (San Bernardo). Cuando san Pablo se presenta al mundo pagano impresionado solamente por la especulación de los griegos y la fortaleza de los romanos, no elige otro tema *“más moderno”* ni *“más adaptado”* que Cristo. *“Nosotros predicamos un Cristo crucificado que es escándalo para los judíos y locura para los gentiles, pero es poder de Dios y sabiduría de Dios para los elegidos”* (1 Co 1,23). En torno a la Humanidad de Cristo -de dulce memoria y sabrosa presencia- san Bernardo funda en la Edad Media una teología mística.

B - Una comunicación directa, inmediata, con Cristo. A Cristo lo bebe san Bernardo en las Escrituras (en san Juan y san Pablo, sobre todo) y en los Padres (san Ambrosio, san Agustín, san Gregorio Magno, principalmente. *“Estén en el error o en la verdad, confieso que estoy con ellos”*). Pero lo bebe, sobre todo, en la contemplación del Císter o Claraval. Esta asimilación directa de Cristo exige, para nosotros como para María Santísima, una profunda humildad, una pureza absoluta y un silencio ardiente de expectación y de súplica, de contemplación y de

lágrimas. Sólo las almas que viven silenciosas al pie del Sagrario y de la Cruz pueden tener una “*experiencia directa*” de Cristo crucificado y gustar el sabor de su presencia. Sólo a ellas el Espíritu de Cristo las “*introduce en toda la Verdad*” (Jn 16,13).

C - Una *asimilación total* de Cristo, una semejanza inicial por la humildad, una cristificación y divinización perfecta por el amor. La caridad es fuente de conocimiento: *Qui non diligit, non movit Deum*. El conocimiento sigue la naturaleza de los seres: conocerlo a Dios supone ya, en cierto modo, ser semejantes a Él.

Santo Tomás distingue tres clases de sabiduría: sabiduría de razón o metafísica (puramente humana), sabiduría de fe o teología (formalmente humana, radicalmente divina) y sabiduría de amor o mística (puramente divina). Esta última es, propiamente, la sabiduría de san Bernardo: conocimiento por instinto, por inclinación afectiva, por simpatía, por connaturalidad, por experiencia inmediata. Aquí culmina la teología que es *impressio divinae scientiae in nobis y praelibatio futurae beatitudinis* (santo Tomás). Es la única verdaderamente sabrosa y beatificante, la única también inefable. No aguanta conceptos ni sistemas. Se padece misteriosamente y se comunica sin palabras. *Sapiens est non solum discens sed et patiens divina*. Fruto de un éxtasis pasajero, que enajena y diviniza, es el conocimiento más íntimo de Dios en la tierra y preludio de la visión beatífica.

La sabiduría de san Bernardo -la que él profesa y la que él enseña a sus monjes- es una sabiduría de amor: sabiduría de unión, de deificación, que tiene sus comienzos en el temor y la humildad y su cumbre en la caridad. Sabiduría que es gusto de lo bueno, amor a la virtud y forma de vida. No la aprendió en Platón ni en Aristóteles, sino en los Apóstoles. La escuela del Císter no es como las escuelas de Chartres, de Lyon o de París -donde enseñan Gilberto de la Porrée, Anselmo o Abelardo- es una escuela de vida y de salvación.

No es que Bernardo desprecie las Letras. Es un perfecto humanista que sabe bien a Horacio, Virgilio, Cicerón y hasta a Ovidio. “*El mejor predicador latino de toda la Edad Media*” (Grabmann). En el Renacimiento del siglo XII san Bernardo ilumina desde Claraval, con su estilo vivo y deleitoso, como ilumina desde las escuelas de Chartres el espíritu fino, delicado y rico de Juan de Salisbury. Tanto uno como otros se inspiran más en Cicerón que en Platón y Aristóteles. Tanto uno como otro colocan a Dios como fin de su filosofía: *Philosophus amator Dei est*. San Bernardo vive en plena floración humanística: cantares de gesta, abadías cluniacenses, bóvedas góticas, escuelas castrenses (con Bernardo y Thierry, Gilberto de la Porrée, Guillermo de Couches y Juan de Salisbury). No puede vivir ajeno a este movimiento que trata de fusionar la fe cristiana con la cultura helénica. Puede renunciar al mundo -dice Gilson- pero no a ser un humanista. “*No reprendo a los doctos, pretendiendo prohibirles el estudio de las Letras. No ignoro cuánto han servido y sirven todavía a la Iglesia sus letrados, sea refutando a los contrarios, sea instruyendo a los sencillos*” (In Cant. 36,2).

Tampoco desprecia la Filosofía. Las célebres disputas con Abelardo y con Gilberto, manifiestan su hondura metafísica. La mística de san Bernardo supone una sólida fundamentación teológica y filosófica. Hasta una cierta sistematización: síntesis propia sobre elementos tradicionales (Escritura, Padres, Casiano, san Benito). Temía el celo sin discreción, la caridad sin sabiduría, la pretendida santidad sin ciencia. Es más terrible, quizás, el ardor indiscreto sin el talento, que la inteligencia sana sin la virtud. “*Dios es sabiduría..., si despreciáis la ciencia, el espíritu de error Presto se burlará de vuestro celo*” (In Cant. 19). El beso del Espíritu nos comunica el gusto de la ciencia y el condimento de la gracia. “*No crea, pues, haber recibido este beso ni el que entiende la verdad y no la ama, ni el que la ama y no la entiende, no cabiendo error ni tibieza en este beso*” (In Cant. 8,6). “*Sólo lucir es vano, sólo arder es poco; arder y lucir es lo Perfecto*”. Pero que el resplandor nazca del fervor.

Temía en la ciencia tres cosas: la sutileza de los dialécticos que pensaban por pensar, el racionalismo de los filósofos que pretendían comprender los misterios y la vanidad de los

retóricos que aprendían para deslumbrar. *“Hay quienes quieren saber con el único fin de saber, y es torpe curiosidad. Hay quienes quieren saber para vender su ciencia, o sea, para allegar riquezas o conseguir honores con ella, y es un tráfico vergonzoso. Pero los hay también que quieren saber para edificar a otros, y es caridad; los hay, finalmente, que quieren saber para su propia edificación, y es prudencia”* (In Cant. 36,6). Frente a los cuatro “laberintos de Francia” -Abelardo, Pedro Lombardo, Pedro de Poitiers y Gilberto de la Porrée- Bernardo declara que no se puede penetrar la Trinidad y la Encarnación con espíritu aristotélico. *“Escrutarlo es temerario, creerlo es piedad, conocerlo es la vida eterna”*.

Abelardo, sin embargo, no es un racionalista absoluta ni un librepensador empedernido. *“Yo no quiero ser filósofo contradiciendo a san Pablo ni ser un Aristóteles separándome de Cristo pues no hay otro nombre debajo del cielo en el cual pueda yo hallar mi salvación”* -Abelardo es una gran personalidad- la más grande, sin duda, y la más rica del siglo XII, junto con san Bernardo. *“Alma grande y atormentada -dice Gilson- ante la cual se podrá sentir amor u odio, pero no permanecer indiferente”*.

II - LOS CAMINOS DE LA SABIDURÍA

Toda la mística de san Bernardo -los caminos de la sabiduría- se puede resumir en esta frase: el hombre es una imagen de Dios desfigurada que tiende a recobrar su primitiva semejanza. *“La vuelta del alma al Verbo constituye su conversión a Él, a fin de ser por Él reformada y conformada con Él... en la caridad”*. El punto de partida es el conocimiento de sí mismo (*nosce teipsum*), el punto de llegada es la deificación del alma por el amor (*Deus per deificationem facta*). El camino concreto, por donde el alma sube hasta el Padre, es la Humanidad de Cristo.

San Bernardo nos hizo a los contemporáneos tres inmensos favores:

A- Nos enseñó, a *partir de un punto existencial concreto*, que es el conocimiento y amor sensible y carnal -humano- de nosotros mismos, para llevarnos al conocimiento y amor puro y desinteresado de Dios. Los dos momentos concretos son estos: que Dios es amor y que el hombre es imagen de Dios desfigurada. El conocimiento de sí mismo engendra humildad; el conocimiento de Dios, esperanza. La ignorancia de sí, produce soberbia; la ignorancia de Dios, desesperación. Conocerse bien, es descubrir las huellas divinas y reandar el camino hacia la *“región de la semejanza”*. Sentir ansias de Dios: *anima sitiens Deum*. Hasta llegar a la semejanza imperfecta de la tierra -unión extática- y a la deificación perfecta del cielo; *similes ei erimus quoniam videbimus eum sicuti est*. En la tierra le vemos tal cual se manifiesta (en las creaturas y en la perfección de nuestra imagen restaurada), en el cielo tal cual es en su esencia.

San Bernardo se inspira frecuentemente en este texto de san Ambrosio: *Cognosce ergo te, decora anima, quia imago Dei es*. Conocerse bien es darse cuenta que el hombre es una imagen divina desfigurada. Volver a la similitud primera es todo el trabajo del hombre bajo la eficacia de la Gracia. Esta restauración de la semejanza primitiva es toda la médula de la Teología mística. Imagen del Verbo por su simplicidad, su inmortalidad y su libertad, el alma se cubre luego con la desemejanza del dobléz, de la muerte y de la voluntaria sujeción por el pecado. La primera de estas regiones es la *desemejanza*. Aquella noble criatura, formada en la región de la semejanza, creada a imagen de Dios, después de encubrada y constituida en honor, no supo discernir y descendió de la semejanza a la desemejanza. ¡Espantosa desemejanza, por cierto, la que hay entre el paraíso y el infierno, entre el ángel y la bestia entre Dios y Satanás! ¡Execrable transformación, de gloria en miseria, de vida en muerte, de paz en lucha encarnizada y de libertad en perpetuo cautiverio! (*De Diversis Serm.* 42). Perdida su semejanza con Dios, el alma se *“curva”* sobre su *“voluntad propia”* (búsqueda de sí, opuesta a la *“voluntad común”*) y sobre su *“juicio propio”* (especie de idolatría). Pero sigue siendo, por su libre albedrío, imagen indestructible del Verbo con esperanza de restauración. Hay que volver a la primera semejanza: iluminando la razón con la fe (con lo cual cesa el juicio propio) y abriendo la voluntad a la

caridad (con lo cual cesa la voluntad propia). Que es el trabajo de la ascética benedictino-cisterciense.

El conocimiento de sí engendra *humildad*: por los doce grados de la humildad subimos a la verdad. Encima de la mística escala de Jacob Dios nos convida a que subamos por Cristo. En la cumbre de la humildad empieza el primer grado de la verdad: verdad en nosotros mismos; reconocimiento de nuestra miseria para ser mansos. En seguida el segundo: verdad en los demás: compasión de las miserias ajenas para ser misericordiosos. Por fin el tercero: verdad en sí misma; contemplación de la verdad con corazón puro. La primera forma o grado de humildad la opera el Hijo (Verdad que instruye como a discípulos), la segunda el Espíritu (Verdad que consuela como a amigos), la tercera el Padre (Verdad que atrae como a hijos).

Conocimiento de sí que engendra *temor*. Por el temor subimos a la caridad desapropiándonos de nuestra voluntad propia y de nuestro pensar propio. Al fin, el Espíritu difunde la caridad en nuestros corazones y la caridad arroja fuera el temor. Dios exige ser temido como Dios, ser honrado como Padre, ser amado como Esposo.

Conocimiento de sí que engendra *amor de sí*. Amor natural y necesario -amor también a nuestro cuerpo- que no desaparecerá ni siquiera en el cuarto grado. Conocimiento de sí, en fin, que engendra un *amor carnal*, humano a la Humanidad de Cristo al verla revestida de nuestra propia miseria. Amor a la carne hipostasiada del Verbo que nos fue dado para subir al Padre.

B- Nos enseñó a *sacramentalizar* la carne y los valores temporales. “*Bueno y fiel compañero es el cuerpo para el alma buena*” (*De Dilig.* C. 11). Necesario es el cuerpo para el alma: para merecer, para descansar, para glorificar. Incluso no puede haber perfecta beatitud, plena quietud para el alma hasta el día de la resurrección y glorificación del cuerpo.

Valor de nuestro cuerpo sacramentalizado en la Humanidad de Cristo e inhabitado por las tres divinas Personas. Ni divinizarlo ni despreciarlo. Dejarnos de amar es dejar de ser semejantes a Dios que nos ama infinitamente.

La Encarnación santificó todas las cosas. Todo el universo material se integra, en cierto modo, en el Cuerpo de Cristo. Desde que Cristo vino al mundo todas las creaturas comenzaron a serle fraternales: *primogenitus omnis creaturae*. Toda la naturaleza quedó como consagrada: *mundum volens adventu suo piissimo consecrare*. Juan de Santo Tomás usa esta frase audaz: *Incarnatio est elevatio totius universi in personam divinam*. Esta re-creación del universo material en Cristo, esta integración del cosmos a la misma vida trinitaria, por medio de la Humanidad de Cristo, es uno de los capítulos más frecuentes del Nuevo Testamento: “*En la plenitud de los tiempos quiso recapitular todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra*” (*Ef 1,10*).

Es una re-creación sobre las ruinas de la culpa, infinitamente superior a la creación del estado de inocencia; de lo contrario Dios -infinitamente bueno y omnipotente- no hubiese permitido el pecado. *Nihil prohibet ad aliquid maius humanam naturam productam esse post peccatum*, dice Sto. Tomás. El pecado es una cosa tan tremenda que no podía dejar la creación en el mismo estado; o infinitamente la empeoraba o infinitamente la enriquecía. Los hombres, los ángeles, el universo material, todo se *recapitula* en torno a Cristo de un modo eminentemente superior a la primera recapitulación en Adán. Cristo humaniza, cristifica y diviniza todas las cosas. Importa subrayar este carácter cósmico de la Encarnación: *totius universi natura elevata est ad divinam personam*. Se puede hablar de cierta inhabitación del Verbo en el seno de toda la humanidad y de una cierta eficacia del descendimiento del Verbo en todos los hombres sin excepción: *virtualmente*, la naturaleza humana de cada uno está unida al Verbo, como la naturaleza humana individual de Cristo estuvo *actualmente* unida a Él. “*Los Padres -escribe Scheeben- han encontrado en el prólogo de san Juan la síntesis de esta doctrina: Habitó entre nosotros, es algo más que la extrínseca permanencia del Verbo entre los hombres, es su inhabitación en el interior de toda la humanidad*”. “*En Cristo toda la creación ha sido creada y adoptada como*

hija” (san Atanasio).

C - Nos enseñó a mirar a Dios *a través de la humanidad de Cristo*. Dios se reveló a los hombres por su Hijo: *Deum nemo vidit unquam. Unigenitus qui est in sinu Patris Ipse enarravit...* Y los hombres ven a Dios en el Hijo: *Qui videt me, videt et Patrem*. Es el Verbo de Vida que estrujaron las manos de san Juan. Y suben a Dios por Cristo: *Nemo venit ad patrem nisi per me*.

Es en la visión inmediata, concreta, de la carne de Cristo donde se engendra el conocimiento del Padre. Y el amor sensible de Cristo conduce al amor espiritual del Verbo. “*El ha ofrecido su carne a los sabios para, que aprendiesen a gustar también del espíritu*”. Pero el amor carnal, humano, de Cristo nunca desaparece del todo y es también “*un precioso don del Espíritu*”.

La espiritualidad moderna gira en torno a la Humanidad de Cristo. El libro que la resume -la *Imitación*- es de franca inspiración bernardina. Sta. Teresa describe los efectos de su devoción en el cap. 22 de su *Vida*. Toda la piedad occidental, heredera de san Bernardo como de san Agustín, se orienta hacia la ternura de Jesús. Jesús es puesto por san Bernardo y por san Francisco de Asís en el corazón de la Edad Media. De allí va a derivar luego, a través de santa Gertrudis y de santa Margarita María, la moderna devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Hay una presencia real de la Humanidad gloriosa de Cristo en las épocas actuales: ella preside todos los acontecimientos sobrenaturales. La eficacia de la Humanidad de Cristo no queda reducida al tiempo en que vivió ni a la Eucaristía en que se guarda. Toda luz sobrenatural, todo movimiento interior de la gracia -aún en los hombres más criminales y en los pueblos más paganizados- es una visita del Verbo Encarnado. La Encarnación se prolonga desde que la Humanidad de Cristo -unida inseparablemente al Verbo de Dios- ejerce su actividad física instrumental allí donde se opera cualquier efecto sobrenatural. Otra vez como cuando vivía: *virtus de Illo exibat et sanabat omnes*. Cristo vuelve a peregrinar la historia: su Humanidad redentora, “*órgano de la divinidad*” (san Juan Damasceno), “*instrumento de la deidad*” (Sto. Tomás), prolonga su presencia y su eficacia.

¡Cómo nos tonifica esto ahora en que a Dios se lo siente demasiado lejos y a Cristo demasiado ausente! Ya no es un Cristo histórico que nos mereció, o un Cristo celestial que nos espera, o un Cristo intercesor que nos alienta, sino un Cristo que vive y actúa en nosotros: *Vos in me et ego in vobis!* Tales son los caminos de la sabiduría. “*Conócete, pues, para que temas a Dios y conócele para amarle*. Con lo uno te inicias en la sabiduría y con lo otro llegas a la perfección”.

III - EL GOZO DE LA SABIDURÍA

Entonces es cuando el alma bebe, embriagándose, el cáliz de la Sabiduría. “*Conformada con Él es desposada con el Verbo*”. Es el beso de Dios que ha pedido desde el principio: *anima sitiens Deum petit osculum: osculetur me osculo oris sui*. Es el gozo de la sabiduría que se da cuando el alma encuentra a Dios y lo ama, casta, santa y ardientemente, saliéndose de sí misma para fundirse en Él y deificarse. Contemplación silenciosa y quieta, donde *tranquillus Deus tranquillat omnia*, unión extática donde el alma se enajena perdiéndose en Dios como la gota de agua en el vino, matrimonio espiritual con el Verbo Sabiduría que hace al alma enteramente sabia porque le comunica una experiencia directa y un sabor dulce de su presencia. “*Cuando vieres un alma que, dejadas todas las cosas, se adhiera con todas sus ansias al Verbo; que vive para el Verbo, se rige por el Verbo; que concibe lo que ha de alumbrar para el Verbo, que puede decir: Para mí el vivir es Cristo y el morir ganancia, créele cónyuge y maridada con el Verbo*” (*In Cant.* 85,12).

Es Dios quien misericordiosamente busca primero al alma y la previene con su amor. “*Él los previno con su Gracia y los buscó antes de pensar ellos en buscarle*” (*In Cant.* 84,2). La voluntad de convertirse -de volver a la primitiva semejanza- le viene al alma “*de que el Verbo*

ya la ha visitado y buscado con su Gracia". Hay aquí todo el principio de predilección divina que Sto. Tomás anuncia: "*Nadie sería mejor que otro si no fuera más amado por Dios*". Es la bondad de Dios la que crea e infunde la bondad en las cosas. "*No le buscarías ni le amarías - dice san Bernardo- si antes no hubieses sido por Él buscado y amado. Y no fuiste prevenido con una sola bendición, sino con dos: la de buscarte y la de amarte*" (In Cant. 84,5).

El alma experimenta una irresistible atracción por parte de Dios: *nisi Pater traxerit*. Dios la ama y siembra en ella una serena inquietud de búsqueda; la misma ausencia dolorosamente padecida y gemida es ya un encuentro: "*Nadie puede buscarte si antes no te ha encontrado ya. Quieres hacerte el enconradizo por verte buscado y quieres que te busquen para que te encuentren*" (De Dilig. 7). Dios produce en el alma esa inquietud y la actúa con su Gracia. "*Su amor previene y premia el nuestro*" dice san Bernardo.

Todo el "*Tratado del amor a Dios*" está bajo esta divisa: "*La causa de amar a Dios es Dios mismo; el modo, amarle sin modo*". Aun para los infieles: el pan que comen, el sol que ven y el aire que respiran, la alteza de su dignidad (libre albedrío), la luz de su inteligencia (ciencia) y la eminencia de la virtud, son testimonios concretos del amor divino. Por eso son inexcusables en su amor: "*amemos a Dios porque Dios nos amó primero*". Los cristianos gozan, además, de Jesús crucificado cuya memoria es dulce y sabrosa su presencia. "*El alma del justo suspira con grandes ansias por la presencia, y suavemente descansa con la memoria; y hasta que se le conceda contemplarte cara a cara, se gloria con la ignominia de la Cruz*".

Prevenida y buscada por Dios, el alma sube progresivamente los grados del amor: amor de sí por sí misma, amor de Dios por sí misma, amor de Dios por Dios y amor de sí misma únicamente por Dios. Son los cuatro grados del amor.

Primero es el amor carnal: comienza el alma amándose a sí misma, como por imposición de la naturaleza. Metafísicamente, de derecho, es primero el amor de Dios. Pero psicológicamente es necesario comenzar amándose en su condición concreta, de naturaleza caída sin la Gracia, es moralmente necesario que se prefiera. En su situación encarnada el alma, de hecho, tiene que empezar amándose a sí misma y a su cuerpo: "*¿quién jamás tuvo odio a su propia carne?*" Es imposición *-necessitas urget-* natural. Si a ello se añade la irresistible atracción carnal de la concupiscencia *-cupiditas trahit-* se explicará bien la necesidad moral de empezar amándose. "*Como somos carnales y de la concupiscencia de la carne nacemos, es preciso que la codicia o el amor nuestro nazca y comience por la carne; la cual, si va bien dirigida por el recto camino, puede avanzar y hacer progresos, y guiando la gracia, finalmente, llegar a la consumación por el espíritu; porque no se da primero lo espiritual, sino lo animal y luego lo espiritual*" (De Dilig. 15). Este amor a sí mismo no cesará nunca: aun en el cuarto grado permanecerá. Amor carnal que se extiende también al prójimo -cuya miseria se aprehende como común- y se llama entonces amor carnal social. Se prolonga luego a la Humanidad de Cristo y se llama amor carnal o sensible de Cristo.

El segundo grado consiste en amar a Dios, no por Él, sino por interés y egoísmo. Las tribulaciones hacen elevar a Dios la mirada para esperar su auxilio. Es amor mercenario e interesado.

El tercer grado es amar a Dios por Él mismo. A fuerza de acudir a Dios, de mirarlo y de recibir sus gracias, siente el alma la dulzura y la suavidad del Señor: *quoniam suavis et mitis es, et copiosus in misericordia*. Y lo ama ya por sí mismo con un amor casto, justo y delicioso. En este tercer grado viven mucho tiempo las almas.

El cuarto grado se da cuando el alma, saliéndose de sí y olvidándose, se lanza violentamente hacia Dios para fundirse en Él. "*Ni siquiera se ama a sí misma sino por Dios*". Es una especie de éxtasis divino en que el alma se deja, se pierde, se anonada, se anula, se enajena como embriagada. Rara vez se da en la vida y nunca en su perfección. "No sé si en esta vida puede

hombre alguno elevarse al cuarto grado de amor y conseguirlo perfectamente, de manera que el hombre se ame a sí mismo tan sólo por Dios. Sostengan esto si algunos lo han experimentado, que yo confieso tenerlo por imposible” (*De Dilig.* 15). Incluso, este cuarto grado supone la glorificación del cuerpo: cuerpo espiritual e inmortal, cuerpo Puro y casto, sosegado, aquietado y sumiso por completo a la ley del espíritu “*Hasta serles devueltos sus cuerpos restaurados y renovados no sentirán las almas de los justos aquel desfallecer y perderse en Dios, que es la suma perfección*”.

Esta unión mística con Dios, es en la tierra, un endiosamiento, preludio de visión y de perfecta semejanza. Tiene tres momentos:

-Contemplación serena y quieta -con un silencio total de la vida sensitiva y una fruición inmediata del Verbo- donde el alma se duerme en un sueño vigilante y en un descanso vivificador que alumbrá los sentidos interiores: *quietum aspicere, quiescere est*. Dura muy poco tiempo: *rara hora et parva mora*. Contemplación tranquila y sabrosa donde el alma mora fuera de sí misma, en una región serena adonde ni llegan los ruidos de la tierra y donde ya no se piensa ni juzga a lo vulgar u ordinario sino de un modo trascendental. Me alejé huyendo y permanecí en la soledad. Son dos momentos: salir de sí y huir de sí. El lugar de la quietud, la serenidad de la luz, el secreto de la soledad y la morada de la paz están lejos de nosotros mismos.

-Experiencia directa e inefable de la presencia del Verbo. Salida de sí y puesta en Dios, el alma experimenta de modo inefable la presencia del Verbo. “*Son tan excelsas la dignación del Verbo y la benevolencia del Padre del Verbo para con el alma así ordenada y compuesta con sus afectos, que después de haberla prevenido y preparado con tales bendiciones, dignanse honrarla con su presencia sensible, de modo que no sólo vienen a ella, sino que fijan en ella su morada. Ni se contentan con manifestarse ante sus ojos extasiados, sino que se unen a ella con unión inefable. La experiencia interna de esta morada sobrenatural es ciertamente suavísima, pero el Señor la concede raras veces a las almas. Pero ¿qué es eso de venir al alma el Verbo? Instruirla en sabiduría. Y el efecto de la morada del Padre en el alma ¿cuál es? El infundir en ella amor entrañable a la sabiduría*” (*In Cant.* 69,2).

-Asimilación total afectiva, divinización del alma por el amor. “Amar así es estar endiosado”. Como la gotita de agua perdida en el vino, como el hierro candente y llameante en la fragua, como el aire iluminado por los rayos del sol. Nuestra sustancia permanecerá, pero será otra su forma, otra su gloria, otro su poder y su virtud (*De Dilig.* 10). Será entonces la plena conformación del alma con el Verbo, la total recuperación de la semejanza primitiva y el supremo gozo de la sabiduría¹⁵⁸. *Quando veniam et apparebo ante faciem Dei mei?* Entre tanto, como el ciervo sediento, así mi alma desea las fuentes de las aguas del Dios vivo. Porque hay ya “*dentro de mí un agua viva que salta gritándome: Ven al Padre*” (san Ignacio de Antioquía). Y de parte de mi inquietud, hay un doble grito que clama: *Domine, ostende nobis Patrem. Veni, Domine Jesu*.

CONCLUSIÓN

El fracaso de la razón absoluta nos hace amable la figura de Jesús y atrayente su sabiduría de amor. En un mundo de nerviosidad y de angustia, de pesimismo y de tristeza, de soledad y de vacío, san Bernardo nos deja -en su espiritualidad serena y pacificadora- estas tres cosas:

-El amor de Dios que nos previene y nos busca. La misma inquietud contemporánea, la angustia de nuestra miseria dolorosamente experimentada, el fracaso de nuestros valores humanos, es

¹⁵⁸ Donde más detalladamente describe S. BERNARDO los efectos de estas transformaciones místicas en Dios - mediante las operaciones de las Tres Divinas Personas- es en el cap. VII de “*Los grados de la humildad*”.

una prueba de que Dios no nos ha abandonado. Y que quiere descubrir, bajo la deformación de nuestro pecado, su semejanza primitiva.

-La mediación de María que pone a Jesús en nuestras manos. Plena sibi, superplena nobis et supereffluens. La página más hermosa, la más vehemente, la más apta y la más útil, de cuantas se han escrito sobre la Virgen -como dice Pío XII- es aquella que san Bernardo escribe sobre el nombre de María: “¡Quienquiera que seas el que en la impetuosa vorágine de este siglo te ves más bien a merced de las olas entre borrascas y tempestades que caminando en tierra firme, no apartes los ojos del resplandor de esta estrella si no quieres ser envuelto en los torbellinos! Si se levantan vientos de tentaciones, si tropezares en escollos de tribulaciones, mira a la estrella, invoca a María. Si te sientes agitado por las olas de la soberbia, invoca a María. Si la ira o la avaricia, o el deleite carnal sacudieren la navecilla de tu alma, mira a María, Si turbado ante la memoria de la enormidad de tus culpas, confuso a la vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado ante la idea del horror del juicio, comienzas a ser absorbido en la sima sin fondo de la tristeza, en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir la ayuda, de su intercesión, no te desvíes de los ejemplos de su virtud. Si la sigues, no te extravías; si la ruegas, no desesperas; si en ella piensas no te pierdes. Si ella te tiene de su mano no caes; si ella te protege, nada temas, si ella te guía, no te fatigas; si ella te ampara, llegas al puerto...” (Hom. II super “Missus est”, 17).

-La presencia de Jesús que nos salva. El Jesu dulcis memoria -aunque no sea de san Bernardo sino probablemente de una Abadesa benedictina del siglo XIV- expresa uno de los aspectos más importantes de su doctrina mística. “Dei ergo quaerentibus et suspirantibus praesentiam, praesto interius et dulcis memoria est, non tamen qua satientur, sed qua magis esuriant qua satientur”. Es la elevación mística del alma que suspira, desde el recuerdo de su Pasión por el gozo de su presencia:

Jesu dulcis memoria
dans vera cordis gaudia
sed super mel et omnia
ejus dulcis praesentia.

Nil canitur suavius
nil auditur jucundius
nil cogitatur dulcius
quam Jesus Dei Filius.

Jesus spes poenitentibus
quam pius es petentibus
quam bonus te quaerentibus
sed quid invenientibus?

Nec lingua valet dicere
nec littera exprimere
Expertus potest credere
quid sit Jesum diligere.

Sis, Jesu, nostrum gaudium.
que es futurus proemium
Sit nostra in te gloria
Per cuncta semper saecula.

Sobre los cielos ensombrecidos apareció una señal grande: una mujer vestida de sol y la luna debajo de sus pies y en su cabeza una corona de doce estrellas. Es la gloria de María, la humilde

virgen que pudo recibir en su pureza la Sabiduría Encarnada.

Y desde la tierra regada con nuestras lágrimas y sembrada de espinas, brotó el Fruto bendito de su vientre, Jesús, “*en el cual está la salud, la vida y la resurrección nuestra*”.

Con ellos dos -con la *Estrella de María* y con el *óleo derramado de Jesús*- ilumina las tinieblas y suaviza las heridas de nuestro siglo, aquel monje sabio que enseñó a los hombres a contemplar a Dios y a saborear a Cristo y que se llamó BERNARDO de Claraval.

*Mar del Plata
Argentina*